

Fragmentos de "Cinco cuestiones de arquitectura" *

Antonio
Fernández
Alba

1971

Le Corbusier y Mies elevaron la especialidad a categorías apriorísticas, pero su plasticidad, no pocas veces exagerada, y su universalidad, más conceptual que real, iniciaban un discurso arquitectónico que justificaba en muchas ocasiones su propia irrealidad espacial. Su carácter escolástico proporcionó una gran audiencia a su indiscutible prestigio personal, pero se llegó a pensar que el "artista-arquitecto" o el "arquitecto-artista", por el solo hecho de reseñar o pretender describir unos espacios para unas formas de vida determinadas, ofrecía soluciones espaciales de cara a una colectividad alienada en la nueva escena de concentración urbana.

La espacialidad, así resuelta, fue un producto para las minorías cultas o industriales y el destino de los nuevos modelos individuales fue, en no pocas ocasiones, vivienda para los estratos más acomodados o cultos, en tanto que el cliente-protector, surgido de la nueva burguesía industrial, trataba de reseñar su papel en la nueva sociedad.

(...) Estos espacios asumen las últimas preocupaciones o indagaciones del arquitecto a veces rebelde, pero casi siempre adecuado a los deseos conscientes o inconscientes de sus socios-protectores.

El romanticismo latente en la conciencia pragmática americana intentaría amortiguar la abstracción del estilo internacional, que comenzaba a borrar toda secuencia de espacio; su aceptación por las masas no planteaba ningún problema sociocultural, su mensaje era bastante distante a pesar del gran esfuerzo de denuncia social que caracterizó a la ideología más comprometida del Movimiento Moderno.

Le Corbusier en la India, Niemeyer en Brasil, Tange en Japón, transformaron la vida representativa y burocrática en arquitectura erudita, con una fuerte dosis de ilusionismo escénico; un nuevo iluminismo, ahora a escala urbana, entraba en la escena dentro de los parámetros humanistas que pretendían reseñar las dotes creadoras del arquitecto-artista.

(...) El arquitecto, desde esta modalidad de trabajo, servía al símbolo y controlaba los intereses de la mercancía; su obra se desarrollaba dentro de la ideología estético-filosófica, que ha mantenido durante algún tiempo al hecho arquitectónico en un plano superior y autónomo, pero la arquitectura como "arte puro" comenzaba a percibir los primeros impulsos de la planificación capitalista, con su tipología de status, con su demanda de mercado. La **demanda formal** se aborda —son los tiempos de la posguerra europea, 1945— como una contingencia lucrativa; el arquitecto puede observar cómo se reduce su capacidad de artista e intenta reconquistar por vía de la ética (pensamiento-acción) el diseño racional de los espacios. El encuentro con los **operadores económicos** se anunciará más tarde, como factores de deterioro y cambio; llegaba el momento de preparar los planes de la nueva actividad arquitectónica, pero la ideología tecnocrática, implicada como mediadora, imponía, en primer lugar, el desconocimiento del **destino** del proyecto; más tarde, el **control** de calidad; finalmente, su propio **diseño**.

(...) Al arquitecto (...) se lo condenaba a la impotencia. (...) La capacidad para crear símbolos desde su mundo subjetivista estaba abolida, la representatividad mercantilista y pragmática formula ya una espacialidad distinta.

* Taller de Ediciones Josefina Betancor, Madrid, 1974.

(...) El relativismo mercantilista, al transformar la espacialidad como valor de uso en espacios tratados como valor de cambio, hace que la realidad arquitectónica pierda la sustancialidad que le es propia, transformándose en una familia de funciones: vendibles, comercializables.

(...) El trabajo, de igual manera que el resto de las actividades humanas, entra en las leyes de competencia y así la actividad singularizada del arquitecto, desde sus coordenadas personales, no tiene vigencia alguna; el trabajo se controla en un entorno preciso, aquel donde se configuran los **estereotipos institucionalizados**. En adelante, la gestión del arquitecto será la de localizar el contexto donde situar los estereotipos programados por el sistema social.

La arquitectura así programada es dependiente de la ideología de la mercancía; sus formas son ya mercancías con destino al mercado en las diferentes manifestaciones de la producción, consumo o cambio, e inicia, de esta manera, la despersonalización de la producción arquitectónica, que pasa a ser controlada por las relaciones de producción.

Las nuevas etapas del conocimiento técnico requerirán, en esa nueva plataforma, empresas provistas de unas organizaciones operacionales en las cuales la multiplicidad de actividades atomizará las funciones globalizadas realizadas por el arquitecto en los modelos tradicionales, creándose una situación que le imposibilitará abarcar esta complejidad y su nueva organización.

(...) El capital que nace en la ciudad contemporánea tiene a identificarse en algunos de sus aspectos con la propia cultura urbana, con sus usos y algunas de sus funciones, realizando un auténtico **modelo de integración**. Sus intereses poseen una dinámica y un proceso evolutivo claro y preciso; a mayor concentración, mayor rendimiento; a mayor extensión, mayor control; en la ocupación global se verifica el control del medio.

(...) La ideología tecnocrática aparece clara; no se fundamenta su base ideológica, como en algunos sectores comúnmente se cree, en la oposición socialismo versus capitalismo, sino más bien en un determinismo de apropiación desde la vida individual a las gestiones colectivas, creando la imagen de su propia realidad, es decir, unos auténticos modelos de identidad. Es en este contexto donde se desarrolla la ideología mecanicista, ideología que permite coexistir y trabajar en los campos profesionales, tanto en las economías socialistas como en las liberales de consumo, a los grupos tecnócratas, a los ilustradores e ilusionistas propensos a formular modelos apriorísticos (...).

El análisis de estos modelos de integración, tanto arquitectónicos como urbanísticos, hace patente el panorama de trabajo alienante en el que se encuentra sumido el arquitecto. La capacidad de su expresión social-formalizadora prácticamente está anulada, y lo está por ser ajena a las demandas de la ideología tecnocrática con su metodología integracionista. ¿Alternativas? Lo más racional quizá pueda ser orientarse en iniciar un trabajo crítico-dialéctico que le permita evaluar la revisión de cuáles son los cometidos auténticos y el campo de compromiso asignado al conocimiento arquitectónico, propósito insatisfactorio frente al statu quo desintegrador. Esta alternativa, por el momento, no ofrece un trabajo gratificador a muchos de los viejos ideales del arquitecto, pero puede suscitar la renuncia a seguir produciendo formalidades protectoras.

1973

El espacio de la arquitectura de hoy refleja algo más que la promiscuidad física que soportamos; es el ámbito de una sociedad sin lugar y sin tiempo, por eso su arquitectura se muestra como **acrónica y utópica**. Nada nos debe extrañar si el medio donde se desarrolla la vida de una sociedad carece de espacio y de tiempo; su arquitectura no puede reflejar sino el grado de represión en que esa sociedad vive.

Durante algún tiempo se llegó a creer que la alternativa podría estar en decretar la muerte de la "arrogante arquitectura", de sus órdenes, sus funciones y sus formas. Sin duda porque, una vez más, se confundían medios y fines: pero de haberse verificado esta metáfora, ¿qué acontecimiento hubiera ocupado el vacío de la arquitectura? ¿Perturbaría este vacío el orden espacial? El recorrido efectuado por la arquitectura durante los últimos cincuenta años ha sido una frustración permanente al tratar de configurar y certificar sus nuevas posiciones desde las plataformas de la ideología espacial, es decir, de intentar situar su mundo formal dentro del "contexto". Muchos de estos esfuerzos han desconocido, sin duda, que este se construye y reproduce por el principio de la **producción por la producción**, principio que transforma en ley única los modos y maneras de regir el sistema social, las relaciones de los hombres y sus obras y hasta su propia existencia.

Indiscutiblemente, no son las formas arquitectónicas, ni su carga simbólica las que generan las contradicciones patentes del espacio contemporáneo; ni habrá de ser desde la inquietante búsqueda de alternativas, más allá de toda confesionalidad o adjetivación, desde donde se pueda preparar otro talante espacial de la arquitectura. El espacio de la arquitectura forma parte del proceso productivo de la sociedad contemporánea, sus formas no son independientes ni son productos marginados de las relaciones de producción ni de su sistema de contradicciones económicas que la caracterizan. La arquitectura podrá recuperar su finalidad y virtualidad creadora cuando los procesos de producción, sus relaciones y control sean modificados, superando estas viejas estructuras sociales, adscriptas a organizaciones rurales y urbanas. ¿Qué opción tiene la arquitectura, sus propuestas de reformas, métodos, ideologías y teorías en las actuales relaciones de producción y trabajo de las desarrolladas sociedades tecnocráticas?

(...) Argan ha presentado en alguna ocasión estos períodos (de entreguerras) como una "teoría de la individualidad como culpa", y tal vez no le falte razón, pero junto a estas hipótesis cabría situar una teoría de la colectividad como evasión, tan patente en algunas de las confusas formas de la vanguardia o en las situaciones aleatorias de los comprometidos moralizadores de ambientes de nuestros días, donde tan difícil resulta separar comercio de ideología, trabajo cívico de oportunismo laboral, conocimiento profesional de fruición esteticista, compromiso político de función social, y una larga serie de equívocos con los cuales encubrir de alguna manera la incapacidad y la resistencia al cambio.

La planificación ambiental de nuestro tiempo nos presenta una arquitectura que carece de firmes y precisas responsabilidades políticas, ideológicas y morales pese a tanta justificación arropada en ejercicios geométricos, en alternativas ilustraciones de métodos y utopías o formas sin esperanza; sus espacios se configuran al otro lado de la experiencia real de los hombres y las cosas, en ese lugar donde solo es posible la confusión.